

gas anejas al oficio. En alguna ocasion estuvo dos días sin comer. Lo mismo subía tras de los rebecos á los picos más altos de Valdeon y Cain, que se pasaba las noches de Enero sobre la nieve, envuelto en una sábana (para parecer nieve tambien), con objeto de tirar á los labancos á la orilla del Esla en el soto de Pedrosa.

En la caza mayor era valiente y decidido, en la menor ligero é incansable, en una y otra astuto é inteligente. Varias veces anduvo á vueltas con el oso, y tuvo con los jabalíes terribles encuentros, sin que afortunadamente recibiera nunca daño considerable. En los artículos sobre *La caza del oso* conté ya un lance de los suyos. En otras dos ocasiones tuvo que subirse á los árboles huyendo del oso herido: en una de ellas pudo subir la escopeta, y volviendo á cargar remató á la fiera desde arriba; pero otra vez había tenido que abandonar el arma y tuvo que esperar arriba toda la noche hasta que el oso acabara de morir. El haya á que se había subido era delgada (como tenía que ser para que le sirviera de refugio, pues á los árboles gruesos trepa el oso mejor que el hombre) y no podía hallar posicion cómoda, y lo que más sentía, segun él contaba, era que no podía fumar, porque aunque tenía tabaco no tenía lumbre por habersele mojado la yezca.

Otra vez, hallándose á caza de rebecos, sorprendió una manada de ellos en una canal

junto á lo más alto de la peña de Liordes. Tiró y apeó dos; pero como la canal no tenía salida por arriba, cosa que él ignoraba, ni menos por los lados, los rebecos que quedaron vivos, que eran muchos, asustados con el tiro y no teniendo otra salida que por donde estaba el cazador, se le vinieron encima todos juntos. Ocurriósele echarse en el suelo para que pasaran sobre él, y así se salvó sin más daño que el de las pisadas que le produjeron algunas contusiones en la cabeza; pero si se hubiera estado de pie le atropellan y le echan á rodar hasta el abismo.

No es menester decir que tiraba admirablemente al vuelo y de parado.

Siendo vicario de Piasca, en el valle de Liébana, allá por los años en que comenzaba la explotacion de las minas de Andra, vinieron por allí una vez los ingenieros encargados de dirigirla, los cuales traían entre sus criados un tirador famoso. D. Felipe, que en materia de caza no se dejaba achicar por nadie, hubo de poner algunos reparos á las alabanzas que los ingenieros tributaban á su sirviente como cazador, y sobre todo á la afirmacion de que nadie tiraba como él, con lo cual, tras de breves réplicas, quedó concertado un desafio á matar perdices.

Por el Capellan apostaban sus compañeros, los otros curas del contorno, y por el criado de los ingenieros sus amos. La apuesta era una

comida para todos, y la ganaba el que de diez tiros errara menos.

Fueron al cazadero, encontraron las perdices y comenzaron á tirar. A los diez tiros por cada parte, el mozo tenía ocho perdices y el Capellan no tenía más que seis. Comenzaban á darle á éste broma por haber perdido la apuesta, cuando aproximándose él con socarronería á su contrincante y echando mano á una de las perdices, que tenía saltado un ojo, comenzó á examinarla y le dijo:

—¡Ah! pero tú ¿con qué tirabas?

—¡Toma! pues con perdigon terciado, con lo que tira todo el mundo á las perdices—contestó el mozo.

—¡Ta, ta, ta! ¡Es que yo he tirado con bala!—repuso el Capellan.

Los ingenieros creyeron al principio que aquello era una broma; mas como D. Felipe se formalizaba, comenzaron á reconocer las perdices, y vieron que era cierto. ¡Había matado de diez tiros con bala seis perdices!

—¡Vaya, vaya!—continuaba el Capellan, mientras los otros no salían de su asombro.—Pues con perdigon ¡valiente gracia matar de diez tiros ocho!... yo sé matar once...

En sus últimos años estaba muy mal de la vista. Estuve un día jugando con él al tresillo y se quejaba de que no veía las cartas, y en efecto, tardaba mucho en enterarse de ellas y en descartarse. Al levantarse de jugar dijo:

«Voy á ver si antes de comer mato un par de perdices». Salió efectivamente hacia unos escobales próximos al pueblo, y volvió con tres perdices antes de una hora.

—Pero, D. Felipe—le decía yo,—si está usted tan mal de los ojos que no ve usted las cartas, ¿cómo ve usted las perdices?

—No las veo—me contestaba,—las oigo; tiro al ruido.

Era en su trato afable y decidor, y tenía muy buenas ocurrencias.

Una vez, oyendo decir á uno: «Es de fe que hemos de morir...», le interrumpió diciéndole: —«No, lo que es de fe es que hemos de resucitar...» Y en efecto, la resurreccion de la carne está en el Credo y no la muerte, que es una verdad que no necesita de la fe porque se ve á cada paso.

—¿Cuántos osos ha matado usted, D. Felipe?—le preguntábamos.

—Diez y ocho—contestaba sin vacilar.

—¿Y jabalíes?

—Ciento diez y ocho; da la casualidad que el número de los osos es el pico del de los jabalíes.

—¿Y corzos?

—Doscientos treinta y uno—seguía contestando imperturbable.

—¿Y rebecos?

—Hasta mil quinientos fui contando; despues ya perdí la cuenta.

—¿Y perdices?

—Perdices, liebres, conejos, labancos, palomas—decía con verdadero entusiasmo,—no hay guarismos con que contarlos, no hay aritmética posible, no los cuenta ni Vallejo, ni Newton.

No se crea que hubiera gran exageracion en las anteriores cifras, como la hay casi siempre en las ponderaciones; porque es cierto que había matado muchísima caza.

Como muestra de sus golpes de ingenio, citaré el siguiente:

Siendo todavía jóven, y vicario, creo que de Caminayo, iba una vez á Leon á licencias y llevaba la escopeta atada al arzon delantero. En el valle de Hontoria vió un bando de perdices, se apeó, maneó el caballo y comenzó á perseguirlas. Llevaba muertas tres ó cuatro, cuando se le acercó una pareja de la Guardia civil que debía pasar por un camino próximo y había oído los tiros.

—¿Tiene usted licencia de uso de armas, señor cura?—le preguntaron.

—Sí la tengo—contestó el.

—Pues haga usted el favor de enseñárnosla.

—Hombre, la tengo en la cartera, que está en las alforjas, y por no ir allá abajo donde está el caballo...

—Sin embargo, necesitamos verla, tenemos obligacion de verla.

Eran nuevos entonces las licencias de uso

de armas y los guardias civiles, y tomaban éstos las cosas con mucha formalidad, de suerte, que el Capellan no tuvo más remedio que dirigirse á donde estaba el caballo.

Llegó á él, comenzó á revolver en las alforjas, sacó la cartera y de ella un papel con muchos sellos, que entregó al guardia que hacía de jefe.

Comenzó éste á tratar de leer, y á los pocos momentos dijo:

—Pero ¿qué me da usted aquí?

—La licencia para uso de armas.

—¡Si esto está en latin!...

—¡Toma! pues claro que está en latin. ¿Es que usted no sabe que á los curas nos dan todas las licencias en latin?... Se conoce que hasta ahora no ha pedido usted la licencia de uso de armas á ningun cura.

—Se la he pedido á varios que no la tenían —dijo el guardia: —la verdad es que no he visto ninguna.

—Ya se conoce... Pues sí, hombre sí—continuaba el Capellan muy serio, volviendo á recibir el papel,—á los curas todas las licencias nos las dan en latin, hasta la de uso de armas.

Y volviendo á guardar el papel montó á caballo y siguió su camino, despues de haber enseñado á la Guardia civil las licencias eclesiásticas de decir misa y de confesar, para cuya renovacion hacía el viaje.

Vestía una levita larga, que no dejaba nunca ni áun para ir á caza, así como tampoco dejó nunca la escopeta de piston, áun cuando conoció los nuevos sistemas.

Conservó su buen humor hasta los últimos momentos. El 7 de Febrero de 1882 le acometió una pulmonía. El médico del pueblo, pariente suyo, que no era una eminencia ciertamente, creyó que no había más remedio que sangrarle. — No me sangres, que me matas, decía él, que tenía mucho miedo á las sangrias. Y como el párroco, el secretario del Ayuntamiento y otros amigos fueron luego á verle con el médico y á aconsejarle que se dejara sangrar, comenzó á decir: *Astiterunt Reges terra et Principes convenerunt in unum...* Se juntaron todos los magnates del pueblo... y mataron al Capellan.

En efecto: tres días despues, el 10, moría cristianamente, rodeado de sus parientes y amigos.

¡Dios le haya llevado á la gloria!

¿PUEDEN CAZAR LOS CURAS?

Anda muy extendida la creencia de que á los clérigos les está del todo prohibida la caza, y de que, por consiguiente, no sólo la frecuencia de este saludable ejercicio, sino áun la simple afición á cazar es en ellos pecaminosa. Por eso la frase vulgar de *cura de escopeta y perro*, que se aplica á los curas cazadores, tiene un sentido poco menos despreciativo que el de la otra frase de *cura de misa y olla* con que se designa á los ignorantes.

Creando yo que en esa general apreciacion hay error é injusticia, el amor á la verdad por una parte, y por otra el respeto y la veneracion á una clase tan digna de veneracion y de respeto como la eclesiástica, me obligan á tratar de desvanecer preocupaciones y de poner las cosas en su punto.

Aun prescidiendo de las exageraciones de algunos escritores particulares, como el que dice que Esaú era cazador porque era pecador:

venator erat, quia peccator erat, no se puede desconocer que la Iglesia desde los primeros tiempos despues de la paz, juzgó impropio de los clérigos el ejercicio de la caza. Pero hay que tener en cuenta que la caza, tal como se practicaba entonces y siguió practicándose durante la Edad Media, exigía tanto aparato y era tan costosa, que sólo podían dedicarse á ella los reyes y los señores feudales; siendo muy natural que la Iglesia, con el espíritu de humildad de su Divino fundador, aborreciera aquellos lujos y tratara de impedir que los obispos y otros clérigos ricos gastaran en la caza y sus necesarios preparativos los bienes que debían servir para remediar las necesidades de los pobres.

Un Concilio celebrado en Orleans en el siglo vi, publicó respecto á la caza dos decretos, en el primero de los cuales prohibió á los obispos, presbíteros y diáconos, tener perros, halcones y otros elementos para cazar, estableciendo penas, pero sólo para los que con mucha frecuencia (*sæpius*) se dedicaran á la caza. En el otro prohibía á todos los siervos de Dios las cazas ó excursiones por las selvas con abundancia de perros, y el tener halcones ó gavilanes destinados á la caza. Estas disposiciones pasaron al Derecho Canónico, y figuran en la Primera Parte del *Decreto*, distinción 34.

Mas como se puede cazar, y efectivamente se caza ahora de una manera más modesta,

sin aquel lujo, sin aquellas ruidosas excursiones por las selvas y sin los dispendios que exigían el sostenimiento y la educacion de perros y gavilanes, parece indudable que esta otra caza más modesta, no se halla comprendida en las mencionadas prohibiciones canónicas.

Y así puede deducirse del Concilio de Trento, el cual en el cap. XII de la sesion XXIV, *De reformatione*, renovando, ó bien recordando, las disposiciones del susodicho Concilio Aurelianense, manda, aunque sin establecer pena alguna especial, que los clérigos se abstengan de cazas ilícitas, *ab illicitis venationibus et aucupis se abstineant*, con lo cual parece claramente dar á entender que hay cazas que no son ilícitas.

Esto mismo dan á entender, y aún manifiestan claramente nuestras leyes patrias, de entre las que puede citarse la XLVII del tit. VI de la Partida I.

Está inspirada esta ley en los cánones antiguos, que parece haber tenido á la vista el redactor de ella, y puede decirse que los explica y da de ellos la inteligencia más recta conforme al espíritu que los dictara. Por eso merece ser transcrita.

Dice así:

«Venadores nin cazadores non deben ser los clérigos, de qual orden quier sean; nin deben haber azores, nin falcones, nin canes para ca-

zar. *Ca desaguisada cosa es despende en esto lo que son tenudos de dar á los pobres.* Pero bien pueden pescar é cazar con redes é armar lazos; *Ca tal caza como esta non les es defendida, porque la pueden facer sin aves é sin carnes é sin roido.* Mas con todo eso deben usar de ella de manera que non se les embarguen por ende las oraciones nin las horas que son tenudos de facer é decir. E otrosi non deben eorrer monte, nin lidiar con bestia brava, nin aventurarse con ella por precio que les den, ca el que lo ficiere seria de mala fama. Pero si las bestias bravas ficieren daño en los omes ó en las mieses ó en las viñas ó en los ganados, bien las pueden entonce los clérigos seguir, y matar si les acaesciere. E tovo por bien la Santa Iglesia que el clérigo que usare á facer alguna de las cazas sobredichas que le son vedadas de facer, que si despues que su Perlado le oviese amonestado que lo non faga, se trabajare dello, si fuese misacantano que se debe vedar por dos meses que non diga Misa...

Como se ve, no pueden estar mejor interpretados los cánones prohibitorios de la caza, ni pueden estar mejor definidos el objeto y el alcance de la prohibicion. Se les vedó á los clérigos la caza en cuanto para ejercitarse en ella necesitaban adquirir, educar y mantener aves y perros en abundancia, derrochando en esto las rentas eclesiásticas con que debian socorrer á los pobres. No se les vedó la caza sin

tales aparatos y sin tanto ruido. De modo que la caza vedada á los curas fué solamente la clamorosa, la costosa, la fastuosa, la verdaderamente contraria á la modestia y á la pobreza de espíritu que deben adornar á los eclesiásticos. No se les vedó la caza ejercida más modestamente y para recreo del ánimo. Se les prohibió aventurarse á perseguir animales fieros por la sola mira del lucro; pero no cuando estos animales hicieren daño á los hombres ó á sus haciendas.

Conforme con la citada ley de Partida á la que se remite considerándola en pleno vigor, viene la Real cédula de Carlos III, publicada en 16 de Enero de 1772, la cual por lo que concierne á los Clérigos, dice:

«... En el resto del año sólo podrán cazar con escopeta y perros los Nobles, Eclesiásticos..., etc. Y el permiso que por este capítulo se concede á los eclesiásticos quiero sea y se entienda con arreglo á las disposiciones canónicas y á la ley XLVII, título VI, Partida I.»

Ya hemos visto lo que disponía esta ley, por la cual no puede considerarse prohibida la caza en que hoy en día se suelen ejercitar algunos curas, tan diferente de aquellas que se usaban en la Edad Media, que son las que la dicha ley prohíbe.

La llamada de cetrería, ejercida con halcones y otras aves de rapiña, no está ya en uso en ninguna parte; de suerte que hoy apenas

nadie, ni eclesiástico ni seglar, cría de esas aves cuya educacion y cuyo sostenimiento suponían dispendios considerables. En cambio para la caza llamada hoy de volatería, que es á la que con frecuencia se dedican los curas cazadores, ni son necesarias aquellas aves amaestradas, ni tampoco la abundancia de perros que se emplea en las grandes monterías, sino que basta con uno. Tampoco se necesita para esta caza montar á caballo, ni dar desaforados gritos ni carreras, sino que todo está reducido, si salta una pieza, á dispararla un tiro, con buena ó mala puntería, recoger la pieza en el primer caso, y mirar cómo se aleja en el segundo.

Entre esta caza con escopeta y perro y la caza con redes ó lazos, que permite á los clérigos la ley de Partida, no parece que haya diferencia; pues por lo que hace al ruido de que habla la misma ley, no hay otro en esta caza que el de los tiros que suenan de cuando en cuando, y es un ruido que en nuestros tiempos no asusta ya á la gente ni produce escándalo ni alarma.

Por lo que hace á la caza mayor ó de montería, tambien hay que tener en cuenta que no es ya como era en los tiempos de D. Favila, cuando el cazador tenía, por ejemplo, que herir al oso con venablo y luchar cuerpo á cuerpo con él y mancharse con su sangre, todo lo cual parece, en verdad, impropio de un ecle-

siástico. Hoy, con una buena escopeta de dos cañones, se caza el oso ó cualquier otra fiera, con poco ó ningun peligro y sin la crueldad, cuando menos aparente, que entrañaba la antigua lucha. De modo, que tampoco parece que esta caza esté prohibida á los clérigos tal como se practica ahora.

Se dirá que á los clérigos les está prohibido llevar armas, no siendo cuando van de camino, y que para cazar en la forma dicha, necesitan llevar, por lo menos, una escopeta. Es verdad. Pero las armas que les fueron prohibidas á los eclesiásticos, por considerarlas opuestas á su estado, eran las armas blancas, la espada, la lanza y otras semejantes, propias para la guerra, que convierten al que las lleva en un soldado. No así la escopeta, que hoy día no es ni se la considera como arma de guerra, sino como instrumento de caza.

Tambien se dirá, y de hecho se dice por los rigoristas, que para cazar necesita el clérigo dejar por algunas horas la sotana y el manteo, en lo cual ven poco menos que un sacrilegio, especialmente en lo de la sotana, pues el manteo, como no es prenda francesa, no está muy en auge. Es verdad que para ir á caza tendrá el clérigo que dejar la sotana, como la deja tambien para dormir, pues á nadie se le ha ocurrido hasta ahora que deba dormir con ella puesta, y como la debe dejar para montar á caballo, si no ha de ir haciendo una figura ri-

dícula. El clérigo puede, por regla general, dejar la sotana siempre que le sea necesario, y necesario le es hacer ejercicio, y un ejercicio conveniente y en gran manera saludable como el de la caza, pues para naturalezas jóvenes y robustas no basta el ordinario paseo por camino llano, sino que es menester subir y bajar cuestras, saltar arroyos, etc., tomar diversas posturas y hacer esfuerzos musculares variados.

¡La sotana! Si todo consistiera en llevar siempre la sotana puesta, no hubiera dicho la sabiduría popular que «el hábito no hace el fraile». No se necesita quitar la sotana para jugar al tresillo, y ¡cuánto peor es el tresillo que la caza! Aun prescindiendo de la posibilidad de que una sesión de tresillo tenga por epilogo otro juego menos complicado; aún tratándose sólo del tresillo, del *inocente* tresillo, no vacilo en afirmar que la afición á este juego es para todos, y especialmente para los eclesiásticos, dañosa.

Porque el tresillo, sobre ser ocupacion antihigiénica, como toda ocupacion sedentaria, para los verdaderos aficionados no es distraccion, sino estudio; y estudio por estudio, mejor le es á un cura estudiar casos de moral que combinaciones de naipes. No siempre ha de estar estudiando, ya lo sé; pero precisamente por eso le conviene ir á caza, y no le conviene levantarse de estudiar teología para sentarse

á estudiar la manera de sacar una puesta ó evitar un codillo. ¿No es mil veces peor una de esas sentadas de tresillo de seis ó siete horas (y aun las hay más largas), donde se gastan y quebrantan las fuerzas corporales sin recreo del ánimo, que un rato de caza que sirve de salud al cuerpo y de esparcimiento al espíritu?

Sin duda por éstas y por otras análogas razones, los teólogos modernos interpretan generalmente con suma benignidad los cánones prohibitorios de la caza. San Alfonso de Liguorio, cuya autoridad en materias legales es tan grande y tan universalmente reconocida, entiende las mencionadas prohibiciones, de la caza *estrepitosa* ó *clamorosa* solamente; y añade: «Porque la caza sin estrépito y por vía de recreacion ES PERMITIDA»; y en otro lugar dice, que aún la caza clamorosa no está prohibida bajo pecado grave, á no ser que sea frecuente y que de ella se origine escándalo ú ocasionen grandes gastos, citando en favor de esta opinion el testimonio de gran número de doctores. Algunos de éstos, y de gran fama, llegan á decir que puede muy bien suceder que esa caza *clamorosa* carezca de toda culpa, si es rara y moderada, ó por alguna necesidad (algun *compromiso* que diríamos ahora) ó por hacer ejercicio. Y por último, cita el autor de un piadoso libro titulado *Instruccion para los nuevos confesores*, el cual enseña que la caza

no clamorosa ejercida para honesto recreo, es enteramente lícita.

Con lo cual me parece que la pregunta que sirve de epígrafe á este artículo queda contestada afirmativamente.

CAZADOR ENCAUSADO

Una hermosa tarde de Setiembre de 1873, iban por la calle de un pueblecillo de los confines de Leon y Asturias dos mozos muy jóvenes con dos escopetas.

A la salida del lugar se encontraron con una mujer anciana que amable y sonriente les dijo:

—¡Buenos cazadores!... ¿Adónde vais tan de mano armada?

—A acechar las liebres, tía Mari-Cruz—la contestó el más alto, que era sobrino suyo.

—Mejor hiciérais en ir á acechar el oso—repuso la anciana,—que todas las noches viene al mi maizal del camino de Beza, y uno que come y otro que estroza, me le tiene ya hecho una lástima.

—Pero ¿sabe usted bien que es el oso?

—¿No lo he de saber?... Yo no le he visto, pero bien patentes están allí las cañas arremo-

linadas y las panojas esbilladas y magulladas.
¿Quién ha de ser más que él?

—Pues esta noche vamos, ¿verdad, tú?—
dijo dirigiéndose al compañero.

—Bueno—contestó éste.

—Sí, sí—insistió el primero.—En cuanto
vengamos de las liebres, cenamos, y nos va-
mos allá.

—A ver si le matamos—añadió el otro,—y
la salvamos el maizal.

—Yo con que me le ahuyentéis me conten-
to—dijo la anciana;—pero si le matáis, mejor
para vosotros... Andad con Dios.

Y marcharon los dos mozos á la Camperona
á esperar las liebres, que en la época del ca-
lor, desde Junio á Setiembre, suelen pasar
las horas del centro del día encamadas á la
sombra, en lo más espeso de un escobal, y por
la tarde, á la puesta del sol, salen á pastar á
las camperas verdes, y desde un escondite se
las tira.

Nuestros dos cazadores llegaron á la hora
crítica al collado elegido para la espera, se es-
condieron convenientemente, á cosa de dos-
cientos pasos uno de otro, en puestos desde
donde se dominaba la campera perfectamente.

Pero á las liebres no las dió aquella tarde
la gana de salir á pastar, ó si las dió, salieron
para otro lado; lo cierto es que allí estuvieron
los muchachos inútilmente, quietos y silen-
ciosos en sus escondites, unas dos horas, has-

ta que se hizo de noche y se puso oscuro, de
modo que aunque saliera alguna liebre, ya no
se la podía apuntar apenas, y era muy difícil
matarla.

El primero de ellos á quien se le ocurrió
esta idea, la comunicó al otro en alta voz, y
los dos se levantaron y emprendieron la vuelta
al pueblo.

Llegados á él y al separarse para ir cada
uno á su casa, dijo el más jóven:

—Bueno; en cuanto cenemos, iremos á ver
si baja el oso al maizal de tu tía.

—Aguardaremos á que salga la luna—re-
plicó el sobrino,—porque con esta oscuridad...
sería inútil... no estando encima de él... Y la
luna saldrá ya cerca de la media noche...

—Sale antes... A más de que allí podemos
aguardar: frío no hace, y si acaso á él le da
por cenar temprano...

—No va á tener mala cena como llegue á
venir.

—¡Dios lo quiera! Hasta luego... En cuanto
cene voy á llamarte.

—Hasta luego.

.....
Dos horas despues, á eso de las once iban
los dos muchachos llegando al maizal, y el
mayor, tratando de cortar la animada conver-
sacion que llevaban, dijo á su compañero:

—Calla, no hablemos; no sea que el amigo
haya venido ya y nos sienta y se largue.

Siguieron andando en silencio, y á poco llegaron á colocarse junto al cierro del maizal por la parte de abajo.

El maizal estaba en ladera, de modo que desde allí se podía ver todo él cuando la oscuridad desapareciese.

La luna había salido ya hacía rato, pero en aquellos instantes, oculta tras de un nublado muy denso, no alumbraba. La calma era absoluta: no se movía una hoja.

—Parece que se siente ruido—dijo muy bajo uno de los mozos.

—Sí—le contestó el otro;—ruido como de moverse el maíz... y aire no hace.

—Escucha, á ver...

—Sí, se mueven las cañas allá enfrente... pero no se ve nada...

—Calla, á ver si aclara un poco.

En esto la luna iba quedando ya á la orilla del nublado y comenzó á clarear.

—Es el oso—dijo el más el jóven,—mírale allí; ¿no ves allí enfrente un bulto negro?

—Sí, ya le veo.

—El es el que hace el ruido moviendo las cañas: tírale.

—No se ve bastante para apuntarle bien...

En esto la orilla del nublado iba raleando cada vez más, el bulto negro entre el maíz se veía cada vez mejor, y se veía que movía las cañas, y el mozo más jóven insistió diciendo:

tírale, tírale. Su compañero le obedeció afinando la puntería lo que pudo, y sonó el tiro.

Inmediatamente se oyó en el maizal un quejido como de voz humana.

Los mozos quedaron atónitos: no podían creer que el oso se quejase así, pero tampoco podían creer que una persona á tales horas estuviera en medio de aquel maizal divirtiéndose en menear las cañas.

Desgraciadamente, el quejido se repitió en seguida de modo tan claro, que ya no dejaba lugar á duda.

—¡Ay, que me matásteis, hijos míos!

—¡Mi tía Mari-Cruz!—exclamó el tirador horrorizado.

Y los dos, saltando el cierro de la heredad, corrieron veloces á prestarla auxilio.

—¡Tía, perdóneme!—sollozó el sobrino.—¡Desgraciado de mí!...

—No tuvisteis vosotros la culpa—murmuró la anciana,—távela yo...

—¿La hicimos mucho daño?—la preguntó el otro.

—No sé... creo que sí...

—La vamos á llevar á casa...

—Llevadme...

Uno de ellos fué corriendo á abrir la portillera de la finca, volvió en seguida, y entre los dos cogieron á la anciana herida en silla de la reina, y, suavemente para no molestarla, echaron á andar con ella hacia el pueblo.

—Si la molesta mucho el movimiento, iremos más despacio—la dijo su sobrino á poco de haber salido del maizal; y no le contestó.

Creyeron que había muerto, y su aflicción creció lo indecible. Después de andar un buen rato, llegaron á donde había un madero medio labrado á la orilla del camino y la posaron sobre él para descansar. Entonces, tocándola con los dedos en las sienes y en las muñecas, conocieron que tenía pulso; sólo estaba desahogada. Volvieron á cogerla como antes y á continuar la marcha, y apenas se habían puesto en movimiento recobró el sentido.

—¡Ay, Dios mío! ¡Virgen Santísima!—decía con voz apagada.

—¿Se siente usted muy mal?

—Sí, mucho dolor...

* * *

Luego, en casa, se vió que la bala la había atravesado el vientre. Murió á los tres días con todo su conocimiento, después de sacramentada solemnemente.

Ya había declarado ante el Juez municipal, que fué quien instruyó las primeras diligencias, que efectivamente había dicho á su sobrino y al otro muchacho su amigo que fueran á acechar al oso que la destrozaba el maizal, y ellos la habían ofrecido ir aquella misma noche; pero que habiéndoles visto ir hacia el

otro lado á la espera de las liebres, no creía que aquella misma noche habían de tener tiempo para todo, y luego, como tenía unos pies de patatas entre el maíz, se la había ocurrido al oscurecer ir allá por un cestin de patatas nuevas para almorzar á la mañana, y después de coger las patatas se había puesto á levantar algunas de las cañas de maíz dobladas ó rotas por el oso, las que tenían las panochas sanas, para que no se pudrieran contra el suelo, y en esto se había entretenido perdiendo la cuenta del tiempo, no creyendo que era tan tarde... Y en fin, que su sobrino la quería mucho, como si fuera hijo, y ni él ni el otro muchacho habrían querido hacerla ningun mal, y que no se les castigara, que bastante afligidos estaban ellos los pobres, con lo sucedido, de lo cual nadie más que ella había tenido la culpa.

Por supuesto, que á pesar de su declaración, á los muchachos se les formó causa, y como el sobrino de la interfecta había declarado noblemente que él era el autor del disparo, se sobreseyó respecto del otro, y á él se le declaró procesado por *imprudencia temeraria*.

La causa se tramitó despacio y con intermitencias, porque en el Juzgado de primera instancia á que pertenecía el pueblo, lo más del tiempo no había Juez.

Uno de los que solían ir á tomar posesión para pedir traslado en seguida, hizo la buena

obra de excarcelar al reo bajo fianza, y pudo volver á su pueblo. Al año siguiente entró en quinta, y como no le hacía gracia que si le alcanzaba el ser soldado le llevaran al Norte á batirse contra los carlistas, sus correligionarios, una vez que pasó por las inmediateces del pueblo una partida carlista al mando de Rosas, se agregó y se fué al Norte con ella.

* * *

Tres años más tarde, hacia el fin del 1876, despues de la conclusion de la guerra y de la temporada de emigracion subsiguiente, volví yo á Pedrosa.

Como de costumbre, no había Juez en Riaño y desempeñaba el cargo interinamente el Juez municipal, excelente persona, de mi mismo apellido, aunque sin parentesco averiguado, D. Juan de Valbuena, de Escaro, que era muy amigo de mis hermanos mayores sus contemporáneos, y á mí tambien me quería mucho.

En cuanto supo mi llegada, despues de tres años y medio de ausencia, fué á verme, y al fin de su larga y cariñosa visita, de pie ya y despidiéndose para marcharse, me dijo:

—Mira, Antonin (así me llamaba desde niño), se me ocurre una cosa: si piensas pasar aquí el invierno, me puedes despachar como asesor un monton de pleitos y causas que hay

detenidos, algunos de tres ó cuatro años; porque como no hay casi nunca Juez, de cuando en cuando viene uno, despacha dos ó tres y se vuelve á marchar, y estos abogados no pueden asesorar porque han sido defensores de alguna de las partes, los expedientes se eternizan...

Conoci que lo deseaba mucho, y por complacerle me dí de alta en la matrícula, y le dije que fuera enviándome asuntos.

De un golpe me mandó cerca de una docena de procesos civiles y criminales.

Entre ellos encontré en los primeros días la *causa de homicidio por imprudencia temeraria* contra X... (el cazador que mató á su tía creyendo matar el oso).

Me enteré de ella y ví que por lo menos lo de *temeraria* se lo habían puesto de propina. Y digo por lo menos, porque no andaba lejos de creer que no había en el caso ninguna imprudencia, ni temeraria, ni simple.

La rutina, que en todas partes hace estragos, es la que ha hecho que los curiales, á fuerza de leer y oír «imprudencia temeraria», hayan llegado á creer que es temeraria toda imprudencia.

Bien examinado el proceso y bien pensado el caso, redacté la sentencia absolviendo al procesado libremente y declarando las costas de oficio.

Habiéndoles dicho la dueña á los cazadores que fueran á acchar el oso á su maizal, que

todas las noches venía, y habiéndola ofrecido ellos que irían aquella misma noche, ¿cómo podían sospechar que á las altas horas, á las horas de venir el oso, iba á estar en el maizal moviendo las cañas la dueña?

Al cazador le han dicho que el oso baja todas las noches á un maizal muy en despoblado, indicándole que vaya á acecharle; promete ir aquella misma noche, va en efecto muy á deshora, ve un bulto negro entre el maíz que mueve las cañas lo mismo que hace el oso, dispara sobre lo que él racionalmente cree que es el oso, y mata una mujer, la misma mujer que le dijo que fuera á acechar el oso, y á quien él dijo que iría aquella noche misma; una mujer parienta suya á quien quiere mucho... Es una desgracia. Pero ¿dónde está la temeridad? De veinte cazadores puestos en el mismo caso que el de autos, con los mismos antecedentes, los diez y nueve disparan, y acaso también el vigésimo: ¿dónde está la imprudencia? ¿Había de gritar antes, dirigiéndose al bulto: ¡Eh! Dime si eres el oso?... ¡Buen paso hubiera llevado el amigo!

Estos hechos y estas deducciones, puestos en forma irreprochable de resultandos y considerandos, daban al fallo un evidente y sólido fundamento.

Sin embargo, el fallo produjo entre los cu- riales el efecto de una bomba: procuradores y escribanos, acostumbrados á que todo daño

causado sin intencion se castigara siempre como *imprudencia temeraria*, creían estar viendo visiones... Ellos no querían que se impusiese al procesado mucha pena, pero querían que se le impusiese alguna, para que se le impusieran las costas; querían comerle al huér-fano la pequeña hijuela que le habían dejado sus padres; querían cobrar; no querían haber trabajado de balde; lo decían descaradamente.

En aquel tiempo, aunque sentenciaban las causas criminales los Jueces de primera instancia, sus sentencias no eran definitivas como en los pleitos; la fórmula «definitivamente juzgando» no se empleaba como en lo civil en lo criminal. Estas sentencias sin necesidad de apelacion, se remitían todas á la Audiencia territorial para ser confirmadas ó reformadas.

Los procuradores y escribanos, despues de murmurar mucho de la sentencia, se consolaban con la esperanza de que la Audiencia no la confirmase...

Vana esperanza. La sentencia absolutoria del cazador volvió confirmada, sin quitarla ni ponerla una tilde. El Juez levantó el embargo de la hijuela; escribanos y procuradores tuvieron que renunciar á la presa que ya tenían entre las uñas. Todavía creo que uno de ellos que vive no me la ha perdonado.

Unos días antes había venido á verme á Pedrosa la hermana única del cazador, no porque supiese que yo tenía que ver en la causa, sino porque la habían dicho que había llegado de Francia, y acaso habría visto á su hermano.

Este, que á la conclusion de la guerra había entrado en Francia por el puente de Arnegui, como la mayor parte de aquel infortunado ejército, había sido internado á Le-Mans, capital del departamento de La Sarthe, de donde la había escrito dos veces preguntándola por el estado de la causa, pero hacía tiempo que no la escribía.

—Ya no le volveré á ver—me decía llorando la pobre muchacha, sencilla y buena.

—¿Quién sabe? Acaso le verás pronto.

—Si dicen que él acá ya no podrá volver nunca; lo uno, por haberse ido á la rebelion, y lo otro, por estar encausado.

—No hagas caso de lo que digan, que no saben lo que dicen; ¿le habían declarado soldado?

—No, señor; no le alcanzó el cupo; hubo bastantes antes de llegar al número 12 que él tenía.

—Pues si no era soldado, escríbele que venga cuando quiera, que de la rebelion y de la causa está ya libre.

—¿De verdad, señor? Usted no dejará de saberlo...

—Por eso te lo digo. Escríbele que se venga

á Bayona y se presente al Cónsul, que le dará un documento de haberse acogido á la amnistía, con el cual puede entrar libremente en España, y venirse á vivir contigo...

Y llorando otra vez, ahora no de pena, sino de alegría, se despidió la pobre muchacha, que poco despues tuvo el consuelo de abrazar á su hermano.

EL PADRE Y EL HIJO

EPISODIO DE GAZA

Iba pasando por cosa averiguada en Espinada y sus contornos que Sanchon (Pepe Sánchez) no era ya lo que había sido.

¿Que qué había sido Sanchon?... Pues el hombre más determinado para ir á la espera del oso, el más seguro para entenderse con él mano á mano, dándose forma de que fuera siempre el oso el que salía perdiendo; en una palabra, el cazador más sereno y más valiente de las tres provincias.

Estas tres provincias eran las de Leon, Oviedo y Santander, que confluyen y tienen un mojon comun en los Picos de Europa, cuyas estribaciones con sus sombríos hayedos y sus gigantescos escobales vienen á ser hoy casi el único paraje de España donde el terrible plantigrado tiene morada permanente.

La culpa de que la fama de Sanchon se fuera eclipsando la tenía casi toda su hijo

Rosendo, mozayo hablador y presumido, que no perdía ocasión de rebajar un poco el legendario valor de su padre, á trueque de ensalzar el suyo propio.

—No creáis—les solía decir el hijo de Sanchon á los otros mozos allá en sus reuniones nocturnas siempre que salía la conversacion de la caza,—no creáis que mi padre es ya tan valiente como fué en sus tiempos..., si es que lo fué tanto como dicen, pues yo desde que he empezado á salir con él nunca le he visto hacer ninguna maravilla: lo creo porque así lo cuentan... Pero lo que es ahora... Delante del oso, que es donde quiero yo ver á los hombres, porque allí es donde se prueba el valor y lo demas es broma, delante del oso le he visto yo encogérsele el ombligo como á cualquiera... y bastante más que á mí por supuesto... Como suelen decir, cada primavera tiene sus flores, y mi padre sería valiente, no digo que no lo fuera, allá en sus tiempos, pero lo que es hoy, aunque á mí no me esté bien el decirlo, no sirve para descalzarme...

Con esta propaganda continua contra el valor de Sanchon, salida de tan cerca de su persona, la gente había comenzado por dudar, para ir poco á poco creyendo en su decadencia.

Y como por otra parte Sanchon, al revés de lo que hacía su hijo, siempre estaba contando valentías de éste y no tenía boca más que para ponderarle, la superioridad del hijo como ca-

zador de osos iba adquiriendo categoría de axioma.

No faltaba, sin embargo, quien suspendiera el juicio diciendo que eso habría que verlo...

*
*
*

Expiraba el verano: había mediado el mes de Setiembre. Los maizales, que por cierto estaban aquel año tan pomposos que era un alabar á Dios, iban ya dorándose por arriba y comenzaba á encerarse el grano en las panojas. Las merinas empezaban á bajar de los puertos para emprender el viaje á Extremadura, con probable disgusto del oso que, mientras están veraneando, casi todas las noches las visita, y se lleva una ó dos como recuerdo. Pero el oso, que es omnívoro, y aunque unas cosas le gustan más que otras, practica el refran aquel que dice: «Cuando no hay solomo, de todo como», empezaba á acudir por las noches á los maizales á darse harturas de leche de panojas á medio cuajar, que es cosa riquísima.

Una mañana aparecían señales de su nocturno banquete en un maizal; otra mañana en otro distinto. Las cuitas que se contaban los vecinos unos á otros iban menudeando.

—El mi maizal del Hoyo grande—decía una mañana Juan Salceda,—todo me le ha derrotado el oso.

—¡Sí, pues el mío de Valleja-oscura!—le contestaba Pedro Portilla,—¡si vieras cómo me le ha puesto! Y estaba que daba gloria verle; pero hoy no tiene ya una panoja sana. Empezó por lo cimero y ya ha ido llegando hasta abajo... No sé qué hacen esos cazadores...

Una tarde llegó el hijo de Sanchon á su casa diciendo:

—Padre, me ha dicho el tío Rafael que todas las noches baja el oso al su maizal de la Pandiella y se le tiene casi todo estrozado. ¡Dice que ha hecho allí cada estrulladero!... Y debe de ser una osa con dos esbardos que vieron la otra tarde los pastores cuando bajaban de la majada del Somo... Si quiere usted, podemos ir esta noche á la espera.

—Iremos—contestó Sanchon á su hijo.

—¿Quiere usted que avise á algun otro?—añadió el hijo.

—No—le respondió Sanchon,—no avises á nadie.

—Como usted quiera... pero por si acaso fueran esa osa y los esbardos, que ya creo que son grandetos—insistió el hijo,—dijera yo que no sería malo que fuéramos tres cuando menos.

—No, no—dijo Sanchon resueltamente;—los dos somos bastante.

Concluido este diálogo, Sanchon y su hijo cenaron de prisa y corriendo un poco de friera (leche desnatada) y un zoquete de borona á sorber y morder, y cogiendo sus escopetas de

piston, una de las cuales tenía una abrazadera rota y sustituida con unas vueltas de bramante, echaron á andar para el monte.

—Si bajan los tres—iba diciendo Rosendo, preocupado con la posible aparicion de los tres osos juntos,—procuraremos asegurar primero la osa, que es la que más vale; despues, si podemos apiolar tambien los esbardos... mejor que mejor.

—No—le interrumpió su padre.—Si vienen los tres y se ponen igualmente á tiro, tú procura asegurar un esbardo, que yo tiraré al otro; porque si derribamos aunque no sea más que uno, la madre acude á reconocerle y acariciarle y no se marcha en un buen rato, hasta que no se convenza de que está muerto, y en tanto podemos tirarla á gusto: mientras que si tiramos primero á la osa, los esbardos en cuanto sientan el tiro y la vean caer, van como alma que lleva el diablo y no les volvemos á echar la vista encima.

Seguramente que Sanchon no habría leído el soneto precioso de Campoamor titulado «Los padres y los hijos»; pero lo que al poeta filósofo le dijeron la filosofía y el númen, se lo había dicho al rudo cazador la experiencia.

Convino el hijo en seguir el plan del padre, aunque no sin cierto escozorcillo tímidamente manifestado en alguna otra observacion como ésta:

—Pero si tiramos primero á los esbardos y

caen, la osa se puede venir sobre uno de nosotros, y con las escopetas descargadas...

—No dejará de haber tiempo de volver á cargar—le contestó el padre;—y si no, ya nos arreglaremos con ella.

—Velay que si tuviéramos—añadió todavía el hijo—de esas escopetas que dicen que hay de dos cañones...

—Sí, dicen que las hay—replicó el padre,—pero no sé si será verdad; yo por mí, nunca las he visto... ni me han hecho falta.

—Para ir al oso no serían del todo malas—insinuó Rosendo.

—Con ésta he matado yo nueve entre chicos y grandes—dijo Sanchon con cierta jactancia.

—Pues si matáramos los tres—volvió á decir el mozo,—no echábamos mal avance... Lo menos tres onzas nos valían los pellejos, y...

—Y acabaste de contar—le interrumpió el padre,—porque el unto ahora casi no vale nada... Si fuera como antes... Lo del primero que yo maté, el año que tú naciste, lo vendí en *Valladolid* á peseta la onza... Y tuvo cuarenta y dos libras, de modo que saqué un dineral, cerca de tres mil reales, del unto solo. Ahora vale á peseta la libra, si acaso... Y la carne... Bueno, la carne, si el tiempo refresca un poco, la podemos curar para el invierno, que no es mala cecina... Decían que el unto

iba á volver á valer tanto y cuanto, porque servía para hacer andar el *carro-cerril*...

—Antes para eso—dijo Rosendo,—había oído yo decir que era lo mejor el unto de cristiano, y que con ese *ojeto* lo buscaba aquel tío *saca-untos* que decían que andaba por los cementerios...

—Esas son brujerías...

Con ésta y otras conversaciones llegaron al maizal, que era un extenso rectángulo atravesado en una ladera, se pusieron uno á cada extremo y se escondieron entre las escobas que orlaban la finca.

* * *

Más de dos horas hacía que esperaban sin percibir otro ruido que el acompasado y suave del maíz estremecido por el viento, cuando comenzaron á sentir otro más fuerte como de saltos y luego el chasquido de algun palo seco... Eran los osos que bajaban por el monte á dar á la heredad, y que pronto se metieron en ella y empezaron á escogollar panojas.

En efecto, eran tres: uno mayor, la madre, y dos más pequeños, los esbardos. Había un poco de luna, á cuya claridad se distinguían perfectamente los tres bultos negros sobre el fondo blanquecino del maíz ya casi maduro.

El hijo de Sanchon, dócil y obediente á la orden recibida de su padre, se echó la escopeta

á la cara con tranquilidad y tiró á uno de los esbardos, al que tenía más cerca, el cual dió un gruñido y una vuelta en el aire y cayó hecho un gorgoto.

La osa, al sentir el disparo y el gruñido, lanzó un berrido enorme, atronador, y se fué, como había previsto Sanchon, á reconocer y tratar de levantar al hijo derribado.

El otro esbardo salió huyendo igual que Sanchon imaginaba, sin aguardar á enterarse. Sanchon pudo entonces cómodamente disparar sobre la osa, entretenida en lamer y acariciar al esbardo muerto; mas por la codicia de que no se le escapara el fugitivo, tiró sobre él, haciéndole caer para no levantarse.

Entonces se puso á cargar otra vez la escopeta; pero al apretar el primer taco sobre la pólvora, la osa, que se iba ya convenciendo de que su hijo no rebullía y de que eran inútiles sus halagos, sintió los martillazos de la baqueta, se fijó hacia donde sonaban, vió á Sanchon y se fué sobre él como un rayo.

Sanchon, sin tiempo ya para acabar de cargar, cogió la escopeta por el cañon para dar á la osa en la cabeza con la llave; y la dió en efecto, pero sin conseguir otra cosa que romper la escopeta en dos pedazos. Y como la osa se había puesto ya de pies para acometerle, soltó el cañon y se abrazó á ella. El irritado animal abrazaba á su vez á Sanchon oprimiéndole ferozmente, sin poder hacerle otro daño

por de pronto, pues Sanchon cuidó de agacharse mucho para que no le echase la boca á la cabeza, y en efecto, no le pudo coger entre los dientes más que la gorra de pellejo que llevaba puesta, entreteniéndose un poco en morderla hasta hacerla añicos.

El hijo de Sanchon, que acababa de cargar, cuando vió á su padre liado con la osa dijo para sí: «¿Cómo tiro yo al peloton sin exponerme á matar á mi padre?...» Y sin reflexionar más, dejó caer al suelo la escopeta que consideraba inútil, sacó del bolso del chaleco una navaja no muy grande, y abriéndola se fué precipitadamente hacia el grupo en ademán de apuñalar á la osa, la cual seguramente, al sentirse herida por detras, dejaría libre al padre para volverse contra el hijo...

¡Ah! Si los mozos de Espineda hubieran presenciado la noble y valerosa resolucion de Rosendo de salvar la vida de su padre con riesgo inminente de la suya; si hubieran visto su temerario arrojito de acometer á una osa enfurecida con una mala navaja, hubieran podido creer que tenía razon para juzgarse más valiente que el autor de sus días.

Pero no, porque al mismo tiempo habrían presenciado tambien la serenidad con que Sanchon, preso entre los brazos de la fiera y menos cuidadoso del peligro propio que de no malograr el resultado de la jornada, detenía la accion de su hijo diciéndole:

—¡Pára, bárbaro; no la pinches ahí..., que vas á echar á perder el pellejo!...

.....
El hijo de Sanchon, sugestionado por la voz de su padre, volvió á coger la escopeta rápidamente, y aproximándose á la osa hasta tocarla con el cañon, la disparó el tiro en la cabeza matándola.

Y Sanchon, gracias á lo muy abrazado que estuvo á la fiera, y á lo que se entretuvo ella en morder la gorra, sólo sacó de la refriega unos rasguños.

COSAS DE LA ZORRA

Ya supondrán ustedes que no pretendo descubrir esta alimaña, prototipo de la astucia y de la picardía.

Es muy vieja en el mundo la fama de sus tretas y de sus maturrangas.

Diez y nueve siglos va á hacer que el Divino Maestro, que acomodaba su lenguaje al uso popular para que más fácilmente se entendieran sus enseñanzas, queriendo llamar á Herodes taimado ó hipócrita, le llamaba *zorro* (1).

Cinco siglos antes había Esopo ya popularizado á la zorra en sus fábulas, donde la presenta casi siempre engañando á los demas animales.

Otros cinco siglos antes que Esopo había ya Salomon aconsejado cazar las raposas, porque asolaban las viñas (2).

(1) *Ite et dicite vulpi illi...* (Luc. XIII, 32.)

(2) (Cant. II, 15).

Y no hay para qué citar otro pasaje bíblico del tiempo de Sanson, siglo y medio anterior á Salomon, en el que tambien figura la zorra; porque la quema de las mieses de los filisteos en que tomaron parte, mal de su grado, trescientas individuos de la clase, no acredita su astucia, sino la del famoso Juez de Israel.

El cazar la zorra no es lucrativo en sí, pues el pellejo, que es lo único que de ella vale algo, vale bien poco. Se la caza porque hace daño.

Uno de los modos de cazarla es ponerla un cepo sin cebo, bien disimulado, á la boca de la cueva; pero cae en él pocas veces, porque es muy suspicaz y muy tuna.

Más á menudo suelen quedar presos los tejones, que á veces aprovechan como guaridas las zorreras deshabitadas.

Otro de los medios de cazar la zorra es atizar en la boca de la zorrera con paja húmeda ó con hierbatos verdes, de modo que se produzca mucho humo, aprovechando la ocasion de que haya viento fuerte y venga á propósito para meter el humo en la cueva. Cuando ya no puede resistir el humo, sale, y estando alerta con la escopeta montada se la puede matar.

Cuando las zorreras están en buena tierra arenisca y no entre peñascos, tambien se caza la zorra entre varios, cavando unos la zorrera hasta llegar al fin, y estando otro alerta con el arma montada para cuando surta.

Mas todos estos sistemas son de poco seguro resultado; así es que si á ellos estuviera limitada la caza de zorras, poco disminuiría su número.

Cuando se cazan muchas zorras y se las hace disminuir hasta tal punto que parece haberse llegado á su exterminio, es cuando caen grandes nevadas y la nieve dura mucho tiempo; cosa que áun en los países más nevosos no sucede todos los inviernos, ni de cada diez uno.

Hay inviernos tan benignos en los que, áun en los pueblos más altos de las montañas, apenas se ve la nieve; hay otros en que caen tres ó cuatro nevadillas pequeñas, que á los pocos días desaparecen; y hay otros en que cae una nevada de las mayores, pero al fin del temporal que la trajo se cambia un poco el viento, empieza á llover y en dos ó tres días se deshace la nevada ó gran parte de ella... En ninguno de estos casos sirve la nieve para cazar las zorras.

Cuando sirve admirablemente es cuando cae una nevada grande, de un metro, de dos y hasta de tres metros de espesor, segun las diferentes alturas de los pueblos, y á continuacion viene una serie de heladas; la nieve se endurece y se anda perfectamente por encima; pero el suelo sigue todo cubierto y los ganados no salen al pasto. Las zorras entonces pasan grandes hambres, y se las caza á *estaca*.

El procedimiento consiste en atar á la punta de un cordel un pedazo de carne, una tripa, cualquier desperdicio, y pasearse con el cordel arrastrando sobre la nieve por las inmediaciones del monte, viniendo á parar cerca de una de las casas de la orilla del pueblo que tenga una ventana ó un boquero hacia las afueras. A corta distancia de la ventana, á la conveniente para un buen tiro de perdigones, se espeta una estaca de modo que quede segura, y á ella se amarra fuertemente un trozo de carne, el mismo que sirvió para rastrear, ú otro cualquiera, y luego en la casa, parte adentro de la ventana, se coloca en acecho el cazador, ó se está tranquilamente en la cocina al amor de la lumbre, y acude á mirar por la ventana de vez en cuando.

Apenas oscurece, la primera zorra que sale á garbiar se encuentra con el rastro de la carne y le sigue hasta dar vista á la estaca; no se acerca por de pronto: mira hacia la ventana con recelo, y da vueltas registrando los alrededores, porque es muy sospechosa; pero como tiene mucha hambre, se acerca por fin á la estaca, se pone á comer, suena un tiro y cae muerta.

El cazador sale de casa y la recoge; despues la desollará, y la carne le servirá para rastrear y poner en la estaca al día siguiente.

Quizá en la misma noche llegue otra zorra á la misma estaca y muera tambien. Y conti-

nuando muchos días el terreno tapado de nieve y los ganados sin salir, morirán casi todas las que haya en el contorno.

Así es que despues de un invierno de éstos, en unos cuantos años no se ve una zorra por ninguna parte. Pero alguna siempre queda, y poco á poco se vuelve á propagar la especie.

Tambien se caza en la estaca algun lobo, pero esto es más raro; porque los lobos, como no usan madrigueras (no siendo la hembra al parir), cuando les aprieta el hambre en estas temporadas de nieve emigran un poco hacia el Mediodía, hacia donde haya menos nieve y salga el ganado á pasto y puedan robar y hartarse; mientras la zorra, más amante de la patria chica, siente abandonar su zorrena y no se marcha.

* * *

Voy á concluir contando de ella un par de hazañas muy curiosas.

Una tarde iba yo con otro estudiante á la espera de las liebres á una collada llamada la Cepera, donde el día anterior habíamos matado una muy grande que pesaba once libras.

Salimos más temprano que de costumbre, porque habíamos visto días antes en Monte-Frío un nido de pica-rebollos, con pajarines ya emplumecidos, y queríamos cogerlos antes que volaran.

Los pica-rebollos son unos pájaros muy bonitos, que tienen plumas encarnadas y verdes y un pico largo y recio con el que taladran los árboles, abriendo un ancho agujero cilíndrico para anidar dentro. También se les llama *relinchones*, porque se reclaman con un rugido que parece el relinchido de un caballo.

Despojamos cruelmente el nido de los pica-rebollos, y llevándonos los cuatro polluelos en un pañuelo de bolsillo atado por las puntas y colgado del cañon de mi escopeta, marchamos hacia la collada.

Llegados á ella, colgué yo de la rama bajera de un cajigo el pañuelo con los pájaros, y allí cerca me escondí y me senté á esperar. Mi compañero se fué un poco más abajo y se ocultó también á la orilla de la campera.

Al poco rato sentí chillar y esgrijarse mucho á los pájaros; me asomé á ver qué les pasaba, y vi que una zorra había descolgado el pañuelo y le llevaba en la boca; mas por pronto que quise tirarla ya se había ocultado tras de una mata, y no pude más que exclamar: «¡Ah, bribona!»

Momentos despues sentí un tiro, y unos gritos diciendo: «¡Cayó, cayó!»

Era que la zorra, que marchaba muy contenta con los pájaros, había acertado á pasar á la vista de mi compañero, que, prevenido ya con mi exclamacion, disparó sobre ella haciéndola soltar el pañuelo y la vida.

Probablemente nos había estado viendo coger los pájaros, y se había venido tras de nosotros á ver si nos descuidábamos y nos los podía robar, y en cuanto vió la ocasion, así lo hizo. Pero no la salió bien del todo.

Contándole yo á otro día la zorril hazaña al amigo Joaquin, el que me enseñó á cazar faisanes, me contó él á mí otra todavía más curiosa.

—Hace diez ó doce años—me dijo,—cuando hacíamos la sementera del trigo tardío en la Vega de Abajo, andaba un bando de palomas rebuscando los granos que quedaban al descubierto.

Un día llevé la escopeta por ver si las podía tirar, y no pude: estaban hostigadas y no me dejaban acercar hasta tenerlas á tiro. Vi que á la puesta del sol volaban hacia el monte, y suponiendo que se irían á dormir á los robles de la collada de la Cepera, el primer domingo por la tarde me fuí á acecharlas.

Efectivamente, poco despues de puesto el sol llegaron á posarse en los robles aquéllos: esperé un rato á ver si se juntaban dos ó tres en un mismo roble y podía aprovechar más el tiro; pero no se movían: cada una se estaba en su roble, y como ya se iba poniendo oscuro, tiré á una, á la que tenía mejor, y cayó como un trapo. Eché á andar para recogerla, cuando veo que por delante de mí sale una zorra del matorral, coge la paloma en la boca y escapa con ella.

—Tambien es casualidad—dije para mí— que estuviera aquí la zorra tan á punto para ver caer la paloma y llevármela. Porque realmente creía yo que había sido casualidad que la zorra estuviera allí.

A otro día fui algo más temprano con la esperanza de poderlas tirar más de una vez. Me escondí un poco, llegaron las palomas, tiré á una rama donde había dos y no cayó más que una. Miraba yo á la otra á ver si iba herida, cuando... ¿querrás creer que salió la zorra por delante de mí, como el día antes, y me llevó la paloma muerta?...

—¡Cogollo!—dije;— ¡tiene gracia que esté yo matando palomas para tí!... ¡Tú me las pagarás todas juntas!...

Volví al día siguiente con dos escopetas, la mía y la de mi hermano Víctor, y me senté á esperar pensando: «Esta prójima bien seguro es que está por aquí alrededor aguardando á que caiga la paloma para llevársela.»

Efectivamente, vinieron las palomas, tiré á la primera que se puso á tiro, la vi caer, y... como lo pensaba, salió la zorra como otros días tan campante y echó la boca á la paloma para llevársela. Pero en el acto agarré yo la otra escopeta y la pegué un tiro que la hizo soltar la paloma y caerse muerta regañando los dientes.

¡Toma palomas!

DEPORTES RURALES

COSTUMBRES